

**LA VOCACIÓN NUPCIAL UNIVERSAL:
MATRIMONIO, VIRGINIDAD, Y VIUDEZ CONSAGRADA PARA EL REINO DE LOS CIELOS**

**MATRIMONIO, TEOLOGIA E DIREITO. SAO PAULO: EDITORA ECCLESIAE, 2018.
CHRISTINA HIP-FLORES, JCD**

LA CLAVE NUPCIAL

Nos legó San Juan Pablo II en su insigne teología del cuerpo la enseñanza que toda persona humana es llamada a hacer un don sincero de sí misma.¹ Es en el darse al otro que la persona mejor imita a su Creador, alcanza su madurez, y se perfecciona en el amor. Por esto también se podría expresar que toda persona es llamada a una vocación nupcial: a hacer un “don sincero,” total, fiel, exclusivo, e indisoluble, y de esta manera participar en el misterio nupcial de Dios con cada alma.

No es de sorprender, entonces, que la historia entera de la salvación se puede leer en clave nupcial. De hecho, la Biblia empieza y concluye con el matrimonio. Ya en el segundo capítulo del Génesis, encontramos a Adán, solo en el paraíso. Dios le da la tarea de nombrar todos los animales, es decir, de dominar la tierra y ejercer su señorío sobre la Creación. Pero después de nombrar los animales, Adán siente la soledad original. No ve entre los animales ninguno que sea una ayuda adecuada para él, un remedio para su soledad, ninguno con el que se pueda relacionar de persona a persona.² Relata el Génesis:

“Dijo luego Yahvé Dios: ‘No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.’ Y Yahvé Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviera el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, que se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que

¹ Juan Pablo II, Audiencia General, 9 enero, 1980, 2-3: “Cuando Dios Yahvé dice que ‘no es bueno que el hombre esté solo’ (Gen 2, 18), afirma que el hombre por sí ‘solo’ no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo ‘con alguno’, y aún más profundamente y más completamente: existiendo ‘para alguno’. Esta norma de existir como persona se demuestra en el libro del Génesis como característica de la creación, precisamente por medio del significado de estas dos palabras: ‘solo’ y ‘ayuda’. Ellas indican precisamente lo fundamental y constitutiva que es para el hombre la relación y la comunión de las personas. Comunión de las personas significa existir en un recíproco ‘para’, en una relación de don recíproco. Y esta relación es precisamente la realización de la soledad originaria del ‘hombre’. Esta realización es, en su origen, beatificante.” https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1980/documents/hf_jp-ii_aud_19800109.html Cf. Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, 15 agosto 1988, 7. AAS 80 (1988) 1653-1729: “Ser persona a imagen y semejanza de Dios comporta también existir en relación al otro «yo». Esto es preludio de la definitiva autorrevelación de Dios, Uno y Trino: unidad viviente en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.” Cf. Segundo Concilio Vaticano, Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, 7 diciembre 1965, 48. AAS 58 (1966) 24 : “el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás.”

² Juan Pablo II, Audiencia General, 10 octubre 1979 en *The Theology of the Body, Human Love in the Divine Plan* (Boston: Pauline Books and Media, 1997) 37.

Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: ‘Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.’ Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne.”³

Eva, a diferencia de las demás criaturas, es persona al igual que Adán. Frente a ella, Adán sale de su “yo” para encontrarse con otro “yo” y de esta manera establece la comunidad primaria: el matrimonio, el cual es la base de la familia y de la sociedad.⁴ Estableciendo una comunidad fructífera con Eva, Adán responde a su vocación de ser imagen y semejanza de Dios – quien es uno y trino, una comunidad de personas en Sí Mismo.⁵ También responde necesariamente con ella a su vocación de poblar la tierra, domar todo lo creado, y convertirse en co-creador con Dios.

Si bien la Sagrada Escritura empieza con el matrimonio, también concluye con él. Al final de la Biblia, en el Apocalipsis, vemos el matrimonio nuevamente en la plenitud de los tiempos: la Jerusalén Celestial, engalanada como una novia para encontrarse con el Esposo:

“Luego vi *un cielo nuevo y una tierra nueva* – porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia adornada para su esposo.”⁶

Y entre el Génesis y el Apocalipsis, veremos como Dios usa la institución natural del matrimonio – una realidad inmediatamente accesible a todos – para la pedagogía de Israel. Repetidas veces Dios llama a su pueblo elegido para establecer una alianza. Esta alianza exige una relación total, exclusiva, fiel, e indisoluble entre las dos partes: Dios e Israel. En otras palabras, Dios usa el matrimonio para revelar la relación de amor y pertenencia que desea establecer con Israel, y últimamente con cada alma.

LA ALIANZA NUPCIAL ENTRE DIOS E ISRAEL

En repetidas ocasiones, Dios establece su alianza nupcial con el pueblo de Israel y lo ratifica por medio de sacrificios. Primero establece su alianza con Israel en la persona de Abraham, padre de la fe. Porque Abraham creó y obedeció, saliendo de Ur para buscar la tierra prometida, Dios promete bendecirlo con una descendencia innumerable:

³ Gen. 2: 18-24. Todas las citas bíblicas se tomarán de *Biblia de Jerusalén Latinoamericana, Nueva edición revisada y aumentada*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.

⁴ Juan Pablo II, Homilía a las Familias, Perth Australia, 30 noviembre, 1986, 3, 4: “La familia es la “primera y vital célula de la sociedad.’... Así como va la familia va la nación, y así va todo el mundo entero en que vivimos.”

⁵ Juan Pablo II, Audiencia General, 14 noviembre 1979 en *Theology of the Body*, 46. Cf. Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, 7.

⁶ Ap. 21: 1-2.

“Y sacándolo fuera, le dijo: ‘Mira al cielo y cuenta las estrellas, si las puedes contarlas.’ Y le dijo: ‘Así será tu descendencia.’ Y creyó él en Yahvé, el cual se le contó como justicia.”⁷

A esta cita le sigue el relato de la ratificación de la alianza, por medio del sacrificio de animales y el paso de las partes entre ellos, según la costumbre Hebrea:

“Y le dijo: ‘Yo soy Yahvé, que te saqué de Ur de los caldeos para darte esta tierra en propiedad.’ Y él respondió: ‘Mi Señor Yahvé, ¿en qué conoceré que ha de ser mía?’ Le contestó: ‘Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.’ Tomó él todas estas cosas, y partiéndolas por el medio, puso cada mitad enfrente de la otra. ... Y, puesto el sol, surgió en medio de densas tinieblas un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre los animales partidos.”⁸

Veremos que las siguientes iteraciones de la Alianza también se ratifican por medio del sacrificio ritual.

Con Moisés, por ejemplo, la alianza tiene como dinámica central la obediencia a la ley de Dios como muestra de fidelidad del Pueblo, y se ratifica con la sangre de novillos:

“Moisés vino y transmitió al pueblo todas las palabras de Yahvé, y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una: ‘Cumpliremos todas las palabras que ha dicho Yahvé.’ Entonces Moisés escribió todas las palabras de Yahvé; se levantó temprano y construyó al pie del monte un altar con doce estelas por las doce tribus de Israel. Luego mandó a algunos jóvenes israelitas que ofrecieran holocaustos e inmolaran novillos como sacrificios de comunión para Yahvé. Moisés tomó la mitad de la sangre y la echó en vasijas; la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: ‘Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahvé.’ Entonces Moisés tomó la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: ‘Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, de acuerdo con todas estas palabras.’ Moisés subió con Aarón, Nadab y Abihú y setenta ancianos de Israel, y vieron al Dios de Israel. Bajo sus pies había como un pavimento de zafiro, transparente como el mismo cielo. Él no extendió su mano contra los notables de Israel, que vieron a Dios, y después comieron y bebieron.”⁹

Una vez más, como en tiempos de Abrahán, la alianza entre Dios y el Pueblo es ratificada con la sangre de animales, y en este caso termina con un banquete celestial, en el cual los ancianos de Israel ven el rostro de Dios y comen y beben con Él en el Monte Sinaí.¹⁰

⁷ Gen. 15: 5-6.

⁸ Gen. 15: 7-10, 17.

⁹ Ex. 24: 3-11.

¹⁰ Brant Pitre, *Jewish Roots of the Eucharist, Unlocking the Secrets of the Last Supper* (New York: Doubleday, 2011) 30, 121-122.

Con David, Dios repite la alianza anteriormente establecida, pero ahora resalta su dimensión escatológica:

“Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme, eternamente.”¹¹

Pero no obstante la solicitud y condescendencia de Dios, el Pueblo de Israel es infiel a la alianza una y otra vez. Abandona el monoteísmo y reincide en el politeísmo, sacrificando a los ídolos de los pueblos vecinos. En voz de los profetas Ósea, Jeremías e Isaías, Dios lamenta la infidelidad de Israel – el politeísmo – con el lenguaje gráfico de la infidelidad matrimonial. A Israel se le compara a una mujer que se prostituye bajo cualquier árbol. Se va detrás de los Baales pensando que le pueden dar trigo y vino. Yahveh expresa su amor por Israel como el celo de un esposo traicionado por la esposa. Lamenta el Señor en voz de Ósea:

“Pues su madre se ha prostituido, se ha deshonrado la que los concibió, cuando decía, ‘me iré detrás de mis amantes,
los que me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino, mi aceite y mis bebidas.’
Por eso, yo cerraré su camino con espinos,
la cercaré con seto y no encontrará más sus senderos;
perseguiré a sus amantes y no los alcanzará,
los buscará y no los hallará.
Para que diga: ‘voy a volver a mi primer marido
que entonces me iba mejor que ahora.’”¹²

Sin embargo, a pesar de la infidelidad de Israel, Dios mantiene su fidelidad a la alianza. Muestra una fidelidad matrimonial inquebrantable. Expresa en voz de Oseas:

“Por eso voy a seducirla;
voy a llevarla al desierto
y le hablaré al corazón.
Allí le daré sus viñas,
convertiré el valle de Acor en puerta de esperanza;
y ella responderá allí como en los días de su juventud,
como el día en que subía del país de Egipto.
Y sucederá aquel día – oráculo de Yahvé –
que ella me llamará: ‘Marido mío,’ y no me llamará más ‘Baal mío’...”

Yo te desposaré conmigo para siempre;
te desposaré conmigo en justicia y en derecho,
en amor y en compasión,
te desposaré conmigo en fidelidad

¹¹ 2 Sam. 7:16.

¹² Os. 2:7-9.

y tú conocerás a Yahvé.”¹³

Dios es siempre fiel; no puede ser infiel (2 Tim 2:13). En voz del profeta Isaías, Dios promete la plenitud del matrimonio idílico con Israel, cuando ella le responde en fidelidad:

“Se te llamará ‘Mi Complacencia’
Y a tu tierra ‘Desposada.’
Porque Yahvé se complacerá en ti,
y tu tierra será desposada.
Porque como se casa un joven con doncella,
se casará contigo tu edificador,
y con gozo de esposo por su novia
se gozará por ti tu Dios.”¹⁴

JESUCRISTO, EL ESPOSO DE ISRAEL ESTABLECE LA ALIANZA DEFINITIVA

Brant Pitre, en su reciente estudio sobre la tradición matrimonial en la cultura Hebrea, explica que en tiempos de Jesús, los Israelitas “no esperan solo el Reino de Dios, o la llegada del Mesías, o la restauración de las doce tribus. Sobre todo, esperan la llegada del Esposo de Israel, quien perdonará sus pecados y se unirá a ellos en una alianza matrimonial eterna.”¹⁵ En soporte de esta tesis, Pitre repasa particularmente los aspectos nupciales de la Alianza en Sinaí y en la literatura profética. Subraya también que el Cantar de los Cantares no es solo un poema de amor, sino que recopila las descripciones de Yahvé en relación con Israel.¹⁶ El Cantar acaba con la novia-Israel (todavía muy joven para casarse) esperando el novio anhelado (Cantar 8:14).

En el Nuevo Testamento, sigue Pitre, Jesús se revela como el anhelado Esposo-Mesías. De esta manera, Jesús cumple las profecías de un Mesías que establecería la nueva y definitiva alianza con el Pueblo de Israel.¹⁷ Juan el Bautista primero identifica el Mesías-Esposo.¹⁸ Refiriéndose a Jesús, dice Juan:

“El que tiene la novia es el novio,
pero el amigo del novio,
el que asiste y le oye,

¹³ Os. 2:16-18, 21-22.

¹⁴ Is. 62, 4-5.

¹⁵ Brant Pitre, *Jesus the Bridegroom, The Greatest Love Story Ever Told* (New York: Image, 2014) 27: “they are not waiting for the kingdom of God, or the coming of the Messiah, or the restoration of the twelve tribes. Above all, they are waiting for the coming of the Bridegroom God of Israel, who will forgive their sins and unite himself to them in an everlasting marriage covenant.” La traducción al castellano es propia.

¹⁶ Pitre, *Jesus the Bridegroom*, 20-26.

¹⁷ Pitre, *Jesus the Bridegroom*, 9-26.

¹⁸ Pitre, *Jesus the Bridegroom*, 30.

se alegra mucho con la voz del novio.

Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud.”¹⁹

Y Jesús mismo revela explícitamente su identidad Mesianico en el contexto matrimonial. A la pregunta sobre el ayuno, Jesús responde:

“¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar.”²⁰

La plenitud y cumbre de la alianza entre Yahveh y el Pueblo de Israel ocurre en la Pasión, Muerte, y Resurrección del Mesías. En la Última Cena, Jesús explica el significado nupcial de su inminente Pasión: “Éste es mi cuerpo que se entrega por ustedes.”²¹ El Esposo de Israel se ofrece para redimir la Esposa. Y por fin, al igual que en el Antiguo Testamento, esta nueva alianza nupcial es ratificada con el sacrificio definitivo. En la Pasión, Cristo acepta el suplicio de la cruz como víctima expiatoria, siendo Él mismo sacerdote y víctima. Como en el Monte Sinaí, el sacrificio que sella la alianza nupcial entre Yahvé y el Pueblo de Israel otra vez ocurre ahora en el contexto de un banquete celestial, en el cual los doce comensales comen y beben con Dios.²²

EL MATRIMONIO COMO ÍCONO DE LA ALIANZA ENTRE CRISTO Y LA IGLESIA

En el Antiguo Testamento, hemos visto como Dios usa de la institución natural del matrimonio – una realidad inmediatamente accesible a todos – para la pedagogía de Israel. Dios usa el matrimonio para revelar la relación de fidelidad y exclusividad que Él desea tener con Israel. Ahora en el Nuevo Testamento Dios usa del matrimonio para tipificar la relación fiel, indisoluble, y redentora que Jesús ha establecido con la Iglesia su Esposa.

En los Evangelios, Jesús habla sobre la realidad natural del matrimonio, como Dios lo quiso “desde el principio.” Los fariseos le hacen una pregunta capciosa a Jesús. Existían entonces dos bandas de judíos, unos que mantenían que el hombre podía divorciar a su mujer por cualquier razón, y otra banda que pensaba que solo podía acudir al divorcio en determinadas circunstancias.²³ Jesús les sorprende con su respuesta; no se pone ni de un lado ni del otro: el matrimonio desde el principio es *indisoluble*.

“Se acercaron unos fariseos que, para ponerlo a prueba, preguntaban: ‘¿Puede el marido repudiar a la mujer?’ Él les respondió: ‘¿Qué les prescribió Moisés?’ Ellos le dijeron:

¹⁹ Jn. 3:29.

²⁰ Mc. 2:19.

²¹ Lc. 22:19.

²² Pitre, *Jewish Roots of the Eucharist*, 142-145.

²³ Paul Mankowski, “Dominical Teaching on Divorce and Remarriage: The Biblical Data,” in *Remaining in the Truth of Christ*, Ed. R. Dodaro (San Francisco: Ignatius Press, 2014) 43, 49-50.

‘Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla.’ Jesús les dijo: ‘Teniendo en cuenta la dureza de su corazón escribió para ustedes este precepto. Pero desde el comienzo de la creación, *Él los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y los dos se harán una sola carne.* De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre.’ Y ya en casa, los discípulos le volvían a preguntar sobre esto. Él les dijo: ‘Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra ella; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.’²⁴

En esta ocasión, Jesús hablaba del matrimonio natural, específicamente entre judíos. Es decir, el matrimonio pre-Cristiano también era indisoluble – desde el principio. No obstante, en la carta de San Pablo a los Efesios, el sagrado autor desarrolla la teología sacramental del matrimonio. Dice,

“Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla... y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo... Gran misterio es este, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia.”²⁵

El matrimonio natural, pre-Cristiano ahora es elevado a la dignidad de sacramento entre los bautizados y empieza a tipificar la relación que existe entre Jesús y la Iglesia:

“Nos encontramos en el centro mismo del Misterio pascual, que revela hasta el fondo el amor esponsal de Dios. Cristo es el Esposo, porque ‘se ha entregado a sí mismo’: su cuerpo ha sido ‘dado,’ su sangre ha sido ‘derramada’ (cf. Lc 22, 19-20). De este modo ‘amó hasta el extremo’ (Jn 13, 1). El ‘don sincero,’ contenido en el sacrificio de la Cruz, hace resaltar de manera definitiva el sentido esponsal del amor de Dios. Cristo es el Esposo de la Iglesia, como Redentor del mundo. ...Cristo está unido a este ‘cuerpo,’ como el esposo a la esposa.”²⁶

Igual que Cristo se une a la Iglesia y se hace un solo cuerpo con ella para redimirla, así los esposos se vuelven “una sola carne.” Los esposos mutuamente entregan y reciben la totalidad de sus personas como don sincero, uno para el otro.²⁷ La misión específica de los esposos es ser ayuda

²⁴ Mc. 10: 2-12.

²⁵ Ef. 5: 25-32.

²⁶ *Mulieris Dignitatem*, 26.

²⁷ *Gaudium et spes*, 1025-1115.

del otro en su camino al Cielo. Por lo tanto, la vocación matrimonial requiere de los esposos un amor oblativo, que – más allá de los sentimientos y sentimentalismos – se entrega hasta la muerte.²⁸

TEOLOGÍA SACRAMENTAL DEL MATRIMONIO

El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano²⁹; y el matrimonio es el primer modo concreto en que el hombre es invitado a actualizar esta vocación fundamental. A través del matrimonio, el hombre y la mujer constituyen entre ellos la primera comunidad de personas; se hacen más “imagen y semejanza” de Dios. El matrimonio es el sacramento primordial por el cual Dios transmite al mundo visible el misterio escondido desde toda la eternidad en Dios.³⁰ Además, por esta vocación matrimonial, Dios invita a Adán y Eva a imitarlo también terminando la obra de la Creación, poblando y dominando la tierra, haciéndose de esta manera co-Creadores con Dios Padre. Esta vocación matrimonial ya existe en el orden de la Creación.³¹ De hecho, Juan Pablo II describía el matrimonio desde es principio como “el sacramento primordial.”³²

Pero el matrimonio entre cristianos no es *únicamente* una institución natural establecida por Dios desde la Creación, por la cual los hombres responden a su vocación de ser co-Creadores con Dios. Sino que en la Nueva Alianza, el matrimonio adquiere una dimensión sobrenatural: es elevado al orden de la Redención y se convierte *además* en sacramento de salvación. Así como Dios ordenó el matrimonio natural para que el ser humano originalmente respondiera a su vocación de ser imagen y semejanza de Dios, ahora el matrimonio entre cristianos se convierte *también* en una participación en el Misterio Pascual. “El fruto de la vida sacramental consiste en que el Espíritu de adopción deifica (cf. 2 P 1,4) a los fieles uniéndolos vitalmente al Hijo único, el Salvador.”³³ Los esposos se unen a Cristo en la cruz, que entregó su vida por la Iglesia. Así los esposos entregan sus vidas para ser ayuda en el camino de salvación del otro. La alianza nupcial entre los esposos – fiel, exclusivo, indisoluble, fructífero – es ahora un sacramento, un signo eficaz, de la alianza entre

²⁸ Gerhard L. Muller, “Testimony to the Power of Grace: On the Indissolubility of Marriage and the Debate concerning the Civilly Remarried and the Sacraments,” in *Remaining in the Truth of Christ*, 160.

²⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2^{da} Ed. (Roma: Librería Editrice Vaticana, 1992; Traducción al español, United States Catholic Conference, 1997) 1604.

³⁰ Juan Pablo II, *L'amore umano nel piano divino* (Citta del Vaticano, 1980) 90.

³¹ Juan Pablo II, Audiencia General, 5 enero 1983 en *The Theology of the Body*, 335: “According to Genesis 2:24, the institution of marriage expresses the beginning of the fundamental human community which through the ‘procreative’ power that is proper to it serves to continue the work of creation. ‘Be fruitful and multiply (Gen. 1:28).’”

³² Juan Pablo II, *Theology of the Body*, 336.

³³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1129.

Cristo y la Iglesia.³⁴ De hecho, la institución del matrimonio es el estado de vida que más natural e inmediatamente significa sacramentalmente esta alianza.

Afirmamos con el Magisterio de los papas recientes, que – precisamente porque es el único de los siete sacramentos que se fundamenta en una institución natural – el sacramento del matrimonio no requiere la fe consiente o psicológica de los contrayentes. Solo requiere su recta intención de contraer el matrimonio natural. Afirmó Juan Pablo II,

“El sacramento del matrimonio tiene esta peculiaridad respecto a los otros: ser el sacramento de una realidad que existe ya en la economía de la creación; ser el mismo pacto conyugal instituido por el Creador ‘al principio.’ La decisión pues del hombre y de la mujer de casarse según este proyecto divino, esto es, la decisión de comprometer en su respectivo consentimiento conyugal toda su vida en un amor indisoluble y en una fidelidad incondicional, implica realmente, aunque no sea de manera plenamente consciente, una actitud de obediencia profunda a la voluntad de Dios, que no puede darse sin su gracia. Ellos quedan ya por tanto insertados en un verdadero camino de salvación, que la celebración del sacramento y la inmediata preparación a la misma pueden completar y llevar a cabo, dada la rectitud de su intención.

... no se debe olvidar que estos novios, por razón de su bautismo, están ya realmente insertados en la Alianza esponsal de Cristo con la Iglesia y que, dada su recta intención, han aceptado el proyecto de Dios sobre el matrimonio y consiguientemente —al menos de manera implícita— acatan lo que la Iglesia tiene intención de hacer cuando celebra el matrimonio. Por tanto, el solo hecho de que en esta petición haya motivos también de carácter social, no justifica un eventual rechazo por parte de los pastores. Por lo demás, como ha enseñado el Concilio Vaticano II, los sacramentos, con las palabras y los elementos rituales nutren y robustecen la fe; la fe hacia la cual están ya orientados en virtud de su rectitud de intención que la gracia de Cristo no deja de favorecer y sostener.”³⁵

También afirmó SS Francisco,

“Es bueno recordar con claridad que la calidad de la fe no es una condición esencial del consentimiento matrimonial, el cual, de acuerdo con la doctrina de siempre, puede ser minado solamente a nivel natural (cf. CIC, can. 1055 § 1 e 2). De hecho, el *habitus fidei* se infunde en el momento del bautismo y sigue teniendo un misterioso influjo en el alma, incluso cuando la fe no se haya desarrollado y psicológicamente parezca estar ausente. No es raro que los novios, empujados al verdadero matrimonio por el *instinctus naturae*, en el momento de la celebración, tengan un conocimiento limitado de la plenitud del plan de

³⁴ Carlo Caffara, “Sacramental Ontology and the Indissolubility of Marriage,” in *Remaining in the Truth of Christ*, 170.

³⁵ Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, 22 noviembre 1981, 68. AAS 74 (1982) 81-191.

Dios, y sólo después, en la vida familiar, descubran todo lo que Dios, Creador y Redentor ha establecido para ellos.”³⁶

Es decir, solo en desear el matrimonio natural, como Dios lo estableció desde el principio – exclusivo, fiel, indisoluble, orientado hacia la procreación y educación de los hijos, y hacia el bien del otro – los esposos ya manifiestan una profunda obediencia a la voluntad divina. Esto ocurre indiferentemente de su fe personal. En el caso de dos esposos bautizados – por su misma condición ontológica de hijos adoptivos de Dios, configurados con Cristo – están injertos en Cristo. Participan en Su vida divina por la llama de gracia santificante que un día recibieron, aunque no la hayan cultivado. Por eso, dos esposos bautizados no pueden casarse de una manera que no participe en la gracia y la redención. No pueden dejar de ser signos de Cristo unido a su Esposa la Iglesia, de la misma manera que no pueden despojarse de su bautismo.

EL MATRIMONIO Y LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

Como ya se podrá percibir claramente, existe un estrecho vínculo entre la Eucaristía y el matrimonio. En el banquete nupcial que es la Última Cena, dice el Esposo: “Éste es mi cuerpo que se entrega por ustedes.”³⁷ Y dice San Juan, “Los amó hasta la el extremo,”³⁸ con un amor inquebrantable a pesar de la infidelidad y rechazo del pueblo judío. Es más, fue precisamente en el momento de la Pasión y muerte de Jesús cuando más luminosamente brilló su amor redentor. “La Eucaristía es el sacramento de nuestra redención. Es el sacramento del Esposo, de la Esposa. La Eucaristía hace presente y realiza de nuevo, de modo sacramental, el acto redentor de Cristo, que ‘crea’ la Iglesia, su cuerpo.”³⁹

De igual modo, la alianza entre los esposos tiene que ser indisoluble hasta la muerte; requiere el morir totalmente a uno mismo para ayudar en la santificación del otro. Cuando el vínculo matrimonial se quiebra y un cónyuge es remplazado por otro, la nueva unión no puede tipificar la unión exclusiva, fiel, e indisoluble que existe entre Cristo y la Iglesia, Esposo y Esposa. Al contrario, la nueva unión da una anti-testimonio de esto.⁴⁰ Por eso, el acceso a la Sagrada Eucaristía no es una cuestión meramente disciplinaria, sino también teológica.

LA VIRGINIDAD CONSAGRADA, REALIZACIÓN PRESENTE DE LA ALIANZA ENTRE CRISTO Y LA IGLESIA

El matrimonio no es el único estado de vida que tipifica la unión entre Cristo y la Iglesia. Afirma Juan Pablo II, “El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y de vivir el único

³⁶ Francisco, Discurso a la Rota Romana, 22 enero 2016, 12. AAS 108 (2016) 136-139.

³⁷ Lc. 22:19.

³⁸ Jn. 13:1.

³⁹ *Mulieris Dignitatem*, 26.

⁴⁰ Caffaro, 173-174.

Misterio de la Alianza de Dios con su pueblo.”⁴¹ El matrimonio tipifica esta unión de manera sacramental; es un signo eficaz de gracia que hace visible el mundo invisible. Las vírgenes consagradas, a su vez, revelan la unión entre Cristo y su Iglesia de modo escatológico. Es decir, la virginidad consagrada da testimonio ante el mundo que las Bodas del Cordero ya se han inaugurado en la era presente.

Para comenzar, la virginidad consagrada es, junto con el matrimonio, otro modo en que el alma femenina puede hacer el “don sincero” de sí misma. Enseñó Juan Pablo II:

“La natural disposición sponsal de la personalidad femenina también halla una respuesta en la virginidad. La mujer, llamada desde el ‘principio’ a ser amada y a amar, en la vocación a la virginidad encuentra sobre todo a Cristo, como el Redentor que ‘amó hasta el extremo’ por medio del don total de sí mismo y ella responde a este don con el ‘don sincero’ de toda su vida. ...En efecto, una mujer ‘se casa’ tanto mediante el sacramento del matrimonio como, espiritualmente, mediante las nupcias con Cristo. En uno y otro caso las nupcias indican la ‘entrega sincera de la persona’, de la esposa al esposo.”⁴²

Por medio del rito consagradorio, la virgen se convierte en persona sagrada, signo trascendente y portadora del amor de la Iglesia a Cristo, imagen escatológica de la Esposa celestial y de la vida futura. Y además, las vírgenes consagradas recuerdan al mundo la alianza nupcial que Dios quiere establecer con cada alma.

Como esposas de Cristo, las vírgenes consagradas son signo preclaro de la Iglesia. Representan corporalmente la Iglesia Inmaculada, la Jerusalén Celestial engalanada como una novia, y bajando del Cielo:

“Luego vi *un cielo nuevo y una tierra nueva*, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia adornada para su esposo” (Ap. 21,1-2).

Mientras que los esposos tipifican sacramentalmente la unión entre Cristo y la Iglesia y además modelan eminentemente la *fecundidad* de esta alianza nupcial, el carisma preclaro de la virgen consagrada es el carisma virginal: amar a Cristo con corazón indiviso, con toda su fuerza e integridad. Las vírgenes consagradas representan a la Iglesia desposada con Cristo y hacen brillar de modo eminente la *integridad* de esta alianza. No se puede comprender rectamente la consagración de la mujer en la virginidad, sin recurrir al amor sponsal. Sigue el Papa:

“Se da al Esposo divino y esta entrega personal tiende a una unión de carácter propiamente espiritual: mediante la acción del Espíritu Santo se convierte en ‘un solo espíritu’ con

⁴¹ *Familiaris Consortio*, 16.

⁴² *Mulieris Dignitatem*, 20-21.

Cristo-Esposo (cf. 1 Cor 6, 17). Este es el ideal evangélico de la virginidad, en el que se realizan de modo especial tanto la dignidad como la vocación de la mujer. En la virginidad entendida así se expresa el llamado radicalismo del Evangelio: Dejarlo todo y seguir a Cristo (cf. Mt 19, 27), lo cual no puede compararse con el simple quedarse soltera o célibe, pues la virginidad no se limita únicamente al ‘no’, sino que contiene un profundo ‘sí’ en el orden esponsal: el entregarse por amor de un modo total e indiviso.”⁴³

Como subraya Juan Pablo II, hay que entender claramente que el carisma de la virginidad no se vive como una disciplina ascética, una renuncia, o un sacrificio, sino como una elección del Amado por encima de todos los otros, una invitación irresistible, y una donación gozosa.

Como la virgen consagrada es ícono de la Iglesia, debe revelar las tres notas de la Iglesia: virgen, esposa, y también madre.

“La maternidad espiritual reviste formas múltiples. ... dicha maternidad se podrá expresar como solicitud por los hombres, especialmente por los más necesitados: los enfermos, los minusválidos, los abandonados, los huérfanos, los ancianos, los niños, los jóvenes, los encarcelados y, en general, los marginados. Una mujer consagrada encuentra de esta manera al Esposo, diferente y único en todos y en cada uno, según sus mismas palabras: ‘Cuanto hicisteis a uno de éstos... a mí me lo hicisteis’ (Mt 25, 40). El amor esponsal comporta siempre una disponibilidad singular para volcarse sobre cuantos se hallan en el radio de su acción. En el matrimonio esta disponibilidad —aun estando abierta a todos— consiste de modo particular en el amor que los padres dan a sus hijos. En la virginidad esta disponibilidad está abierta a todos los hombres, abrazados por el amor de Cristo Esposo.”⁴⁴

Del mismo modo, dijo Juan Pablo II en su Encuentro Internacional con las vírgenes consagradas en el 1995:

“Corresponde, asimismo, a las vírgenes convertirse en mano operante de la generosidad de la Iglesia local, voz de su oración, expresión de su misericordia, ayuda de sus pobres, consuelo de sus hijos e hijas afligidos y apoyo de sus huérfanos y viudas. Podríamos decir que, en la época de los Padres, la piedad y la caritas de la Iglesia se expresaban en gran parte a través del corazón y las manos de las vírgenes consagradas.”⁴⁵

Para resumir, la virgen consagrada se ocupa de los asuntos de su Esposo, en modo particular de la familia congregada por Él. En su persona deben resaltar también las virtudes de la Iglesia: el pudor de una novia; la femineidad de una Esposa; la belleza de la Jerusalén Celestial; la fuerza y la

⁴³ *Mulieris Dignitatem*, 20.

⁴⁴ *Mulieris Dignitatem*, 21.

⁴⁵ Juan Pablo II, *Jesucristo es la razón de vuestra vida*. Audiencia, con ocasión del 25º aniversario de la promulgación del Ritual de consagración de vírgenes, 2 de junio 1995. *L'Osservatore Romano* 23, 9 junio 1995.

valentía de las antiguas vírgenes mártires; la sencillez de un peregrino; la ternura de una madre; la transparencia de un cristal, para que brille a través de ella la luz de Cristo.

LA VIRGINIDAD CONSAGRADA Y LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

La virginidad consagrada tiene una profunda dimensión eucarística. En la Eucaristía Jesús entrega su cuerpo como ofrenda total e irrevocable de Sí mismo para la salvación de la Iglesia. En la santa Comunión, la virgen consagrada, como ícono de la Iglesia acepta el don del Esposo, el cual fecunda su vida y la convierte en madre espiritual.⁴⁶ Es de notar que en la liturgia del consagración, la virgen recién consagrada comulga directamente después del Obispo celebrante.⁴⁷ Además, en el medievo, cuando la Comunión frecuente aún no era costumbre, la virgen recién consagrada recibía una reserva de hostias para comulgar diariamente durante los ocho días inmediatamente siguiendo su consagración.⁴⁸

LA VIUDEZ CONSAGRADA COMO MODELO DE LA FIDELIDAD PERFECTA

Aunque poco conocido y difundido en la modernidad, el instituto jurídico de la viudez consagrada tiene profundas raíces en la tradición católica, remontándose a la era Apostólica y a los primeros siglos del cristianismo. Floreció durante aproximadamente cuatro siglos como una de las formas predominantes de vida ascética femenina, anterior a las fructíferas órdenes monásticas e incluso anterior al renombrado Orden de las Vírgenes. San Pablo da extensas instrucciones con respecto a la inscripción de las viudas en la Primera Epístola a Timoteo 5: 9-15. Ignacio de Antioquía, Clemente, y Policarpo dan copiosas recomendaciones acerca de sus cualidades y su elección. La *Didascalia Apostolorum* y las Constituciones Apostólicas ofrecen elaboradas instrucciones en relación al comportamiento de las viudas inscritas. Por último, varios escritores patristicos incluyendo San Juan Crisóstomo y San Agustín escribieron elocuentes tratados exaltando la virtud y la santidad de la viudez cristiana.

Sin embargo, entre los siglos VI y VII, la viudez continente como un estado permanente de vida cayó en desuso debido a una confluencia de factores. Entre éstos se encuentran la exaltación de la virginidad en la teología patristica y la asistente devaluación del matrimonio; la proliferación de profetisas itinerantes célibes entre las sectas heréticas, y los esfuerzos de la Iglesia para distanciarse de ellas; el crecimiento dramático de la vida monástica, eclipsando todas las demás formas de vida consagrada; y finalmente, la supresión del diaconado femenino, con la cual que las viudas eran a veces estrechamente asociadas. Las viudas se desvanecieron en el olvido durante más de mil años.

⁴⁶ *Mulieris Dignitatem*, 26. Cf. Francisco Vizmanos, *Las Vírgenes Cristianas de la Iglesia Primitiva, Estudio histórico-ideológico seguido de una Antología de tratados patristicos sobre la virginidad* (Madrid: BAC, 1949) 189.

⁴⁷ *Pontificale Romanum* ex Decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum auctoritate Pauli Pp. VI promulgatum, *Ordo Consecrationis Virginum*, 31 mayo 1970 (Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 9^o impresión, 1978) rubrica 35.

⁴⁸ Vizmanos, 189. Cf. nota de pie 29: Edm. Martene, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, t. II, col. 524.

Hasta que a mediados del Siglo XX, tal vez debido a la gran cantidad de viudas jóvenes en duelo después de las Guerras Mundiales, se despertó una vez más el interés en la consagración de viudas.

Europa, especialmente Francia y Bélgica, estaba inundada de viudas jóvenes, víctimas ocultas de la sangrienta guerra de desgaste. Dirigiéndose a la gran cantidad de viudas que habían tenido que asumir el papel de cabeza de familia, El Papa Pío XII trazó los contornos de la espiritualidad de la viudez en un discurso ante la Unión Mundial de Organizaciones Familiares en 1957. Dijo el Papa:

“En los primeros siglos de la Iglesia, la organización de las comunidades cristianas le asignaba a las viudas un rol particular. Cristo durante su vida mortal les mostró una benevolencia especial, y los Apóstoles, siguiéndolo a Él, las recomendaban al afecto de los cristianos y les indicaban reglas de vida y de perfección. San Pablo describía la viuda como ‘aquella que ha puesto su esperanza en Dios y continúa día y noche en súplicas y oraciones.’ Aunque la Iglesia no condena los segundos matrimonios, destaca su predilección por las almas que quieren permanecer fieles a sus esposos y al perfecto simbolismo del sacramento del matrimonio. ... Al aceptar la cruz, la separación, la renuncia a la presencia querida, ahora es el momento de conquistar otra presencia, más íntima, más profunda, más fuerte ... Si ya el sacramento del matrimonio, el símbolo de amor redentor de Cristo por su Iglesia, aplica la realidad de este amor al esposo y a la esposa, los transfigura, convirtiéndolos en semejanza de Cristo, que se entrega para salvar a la humanidad, y la otra en la Iglesia redimida, que se compromete a participar en el sacrificio de Cristo, entonces la viudez se convierte de alguna manera en la culminación de esta consagración mutua; parece esta vida la de la Iglesia militante privada de la visión de su Esposo celestial, con el que, sin embargo, ella permanece firmemente unida, caminando hacia Él en la fe y la esperanza, viviendo de este amor que la sostiene en todas sus pruebas, y esperando ansiosamente el cumplimiento definitivo de las promesas iniciales. Esta es la grandeza de la viudez, cuando se experimenta como una prolongación de las gracias del matrimonio y la preparación para su cumplimiento en la luz de Dios.”⁴⁹

⁴⁹ Pío XII, Discurso a la Unión Mundial de Organizaciones Familiares, 16 septiembre 1957: AAS 49 (1957) 900-901: “Aux premiers siècles de l’Église, l’organisation des communautés chrétiennes assignait aux veuves un rôle particulier. Le Christ durant sa vie mortelle leur témoignait une bienveillance spéciale, et les Apôtres, après lui, les recommandent à l’affection des chrétiens et leur tracent des règles de vie et de perfection. Saint Paul décrit la veuve comme ‘celle qui a mis son espoir en Dieu et persévère nuit et jour dans les supplications et les prières.’ Bien que l’Église ne condamne pas les secondes noces, elle marque sa prédilection pour les âmes, qui veulent rester fidèles à leur époux et au symbolisme parfait du sacrement de mariage. ... Par l’acceptation de la croix, de la séparation, du renoncement à la présence chère, il s’agit maintenant de conquérir une autre présence, plus intime, plus profonde, plus forte... Si déjà le sacrement de mariage, symbole de l’amour rédempteur de Christ pour son Église, applique à l’époux et à l’épouse la réalité de cet amour, les transfigure, les rend semblables l’un au Christ, qui se livre pour sauver l’humanité, l’autre à l’Église rachetée, qui accepte de participer au sacrifice du Christ, alors le veuvage devient en quelque sorte l’aboutissement de cette consécration mutuelle; il figure la vie présente de l’Église militante privée de la vision de son époux céleste, avec qui cependant elle reste indéfectiblement unie, marchante vers lui dans la foi et l’espérance, vivante de cet amour qui la soutient dans toutes ses épreuves, et attendant impatientement l’accomplissement définitif

Dicho de otro modo, como enunció por el Papa Pío XII, el vínculo jurídico del matrimonio termina con la muerte de uno de los cónyuges, pero el vínculo de amor permanece y continúa configurando la mujer en tipo e ícono de la Iglesia peregrina esperando en fidelidad perfecta el regreso del Esposo.

Las espiritualidad viudal articulado por Pío XII todavía tiene ecos en la actualidad. El Papa Francisco recientemente reiteró varios aspectos del citado discurso durante su misa diaria en *Domus Sanctae Marthae*. Francisco predicó que la Iglesia militante es semejante a una viuda y progresa a través de la historia en búsqueda de su divino Esposo, Jesucristo. La viuda de Naím en la Escritura es “un icono de la Iglesia, porque la Iglesia es en cierto sentido una viuda,” dijo el Santo Padre, al reflexionar sobre Lucas 7: 11-17: “También la Iglesia es en cierto sentido viuda: su esposo se ha ido y ella camina en la historia esperando reencontrarle, encontrarse con Él. Entonces ella será la esposa definitiva.” Pero —advirtió— “entretanto la Iglesia está sola, y el Señor no es para ella visible: así que tiene una cierta dimensión de viudedad.” El encuentro de Cristo con la viuda de Naím demuestra que Dios tiene “la capacidad de sufrir con nosotros, de estar cercano a nuestros sufrimientos y hacérselos suyos,” dijo el Papa. El Señor “tuvo gran compasión” de ella. El Papa concluyó, la Iglesia tiene “un particular cuidado, un especial amor” hacia viudas.⁵⁰

ESPIRITUALIDAD VIUDAL

Elizabeth Rees, en “Christian Widowhood,” una estudio sobre la espiritualidad viudal, explica el significado escatológico de viudedad para la Iglesia universal:

“La Iglesia en la tierra siempre será una viuda, con el corazón traspasado por el dolor. La consagración de las vírgenes, recientemente restaurado con honor por la Iglesia, nos dice que el reino de Dios ya está aquí. Las viudas son llamadas a vivir en la esperanza, para demostrar que el reino aún no está totalmente aquí. Como María en Sábado Santo, la viuda vive en la fe de que Cristo ha vencido a la muerte.”⁵¹

En su estudio Rees entrevista varias viudas y asociaciones de viudas para destilar los elementos claves de esta vocación.⁵² Por ejemplo, el perfil del Instituto Santa Francisca de Roma, uno de los primeros institutos seculares contemporáneos de viudas consagradas en la Iglesia latina, expresa:

des promesses initiales. Telle est la grandeur du veuvage, quand il est vécu comme le prolongement des grâces du mariage et la préparation de leur épanouissement dans la lumière de Dieu.” La traducción al castellano es propia.

⁵⁰ Francisco, Meditación diaria en *Domus Sanctae Marthae*, 17 septiembre 2013 en Santa Sede, Meditación Diaria: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20130917_iglesia-madre.html > Accedido 24 mayo 2015.

⁵¹ Rees, 400.

⁵² E. Rees, 393-400.

“Dios que vino a desposarse con la humanidad nos da su fuerza y su amor. Siguiendo el ejemplo de la Iglesia que vive en la esperanza del regreso del Esposo, tratamos de estar totalmente unidas a Cristo, hasta el día en que volverá a buscarnos y nos reunirá siempre con aquellos a quienes amamos en la vida de la Trinidad ... la viudez es también un nuevo estado de vida con nuevos horizontes, un nuevo punto de vista y nuevas gracias. La viudez vivida en la esperanza es un símbolo de la Iglesia en la tierra que vive en la esperanza de que Cristo, su Esposo vendrá en su gloria.”⁵³

Una viuda explicó:

“Nos consagramos como viudas como una continuación del sacramento del matrimonio; permanecemos unidos en la fe con nuestros esposos. Podríamos consagrarnos en secreto en nuestro propio corazón, pero preferimos el apoyo de una comunidad. La consagración puede ser vivida en el marco de la vida normal, cualquiera que sean nuestras responsabilidades familiares o compromisos profesionales. Si el Señor nos llama a esto, nuestra tarea es darle el primer lugar en nuestras vidas. Esta consagración de nuestra viudez no es un extra opcional; es el centro de nuestra vida.”⁵⁴

Por último, otra viuda, viviendo bajo un voto privado profesado ante su obispo diocesano explica:

“La bendición de las viudas tiene una larga historia. Muy temprano en la iglesia, el Orden de Viudas existía junto al Orden de las Vírgenes. Más tarde, las viudas que vivían solas en sus casas gradualmente entraron en los monasterios para una mayor seguridad en tiempos de invasión. Así que poco a poco se fueron asimilando a las vírgenes consagradas, lo que provocó una confusión lamentable entre los dos grupos y lo que simbolizan en la Iglesia. Cuando una viuda pide una bendición de su estado, ella revela algo de su camino personal bajo la gracia de Dios a través de la prueba del duelo. En respuesta a esta nueva situación en la que se ofrece a Dios, promete o hace voto de permanecer célibe. Ella busca la bendición de Dios en un estado de vida que no buscaba ni quería, y ahora acepta una nueva llamada a ofrecerse a Dios. Jesús bendice a su oblación personal como bendijo la viuda del Evangelio que dio ‘todo lo que tenía para vivir.’ A través de su entrega de todo a Dios, una viuda celebra su pobreza radical, su experiencia de ser humillada y despojada de todo.”⁵⁵

LA VIUDA COMO ÍCONO DE LA IGLESIA ESPERANDO EL RETORNO DEL ESPOSO

⁵³ Instituto Secular de St. Frances of Rome, perfil. Citado en E. Rees, “Christian Widowhood,” *New Blackfriars* 76 (1995) 397.

⁵⁴ F. de Broissia, citado en Rees, 399.

⁵⁵ G. Blaquiere citada en Rees, 400.

En la espiritualidad de estas mujeres, el dolor de la separación de su cónyuge se convierte en una nueva manifestación del amor entre Cristo y su Iglesia peregrina. La viuda se convierte en un ícono viviente de la esperanza en la Resurrección, de la segunda venida de Cristo, y del Reino por venir.

Si la virgen consagrada es ícono de la Iglesia, de la Jerusalén Celestial bajando desde el Cielo como una novia engalanada para el Esposo, la viuda consagrada es ícono de la Iglesia después de la Ascensión, esperando la segunda venida de Cristo, y de la reunificación del Esposo con la Esposa. La virgen consagrada revela al mundo que las Bodas del Cordero, el Reino de Dios, ya se han inaugurado en la era presente. La viuda consagrada revela al mundo que el Reino de Dios es inminente, la causa de su esperanza y de su consolación. Además, da un testimonio luminoso de la fidelidad perfecta de la alianza nupcial.

LA VIUDEZ CONSAGRADA Y LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

La viudez consagrada también tiene una fuerte dimensión eucarística. Juan Pablo II enseñó en su carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia* que en el momento de la consagración toda la Iglesia Triunfante, Militante, y Sufriente se reúne en torno al altar:

“La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: ‘La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero’ (Ap. 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.”⁵⁶

También dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“A la ofrenda de Cristo se unen no sólo los miembros que están todavía aquí abajo, sino también los que están ya en la gloria del cielo: la Iglesia ofrece el Sacrificio Eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo.

⁵⁶ Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 17 abril 2003, 19; AAS 95 (2003), 433-475.

El Sacrificio Eucarístico es también ofrecido por los fieles difuntos ‘que han muerto en Cristo y todavía no están plenamente purificados’ (Concilio de Trento: DS 1743), para que puedan entrar en la luz y la paz de Cristo.”⁵⁷

Y dice San Agustín, “Tal es el sacrificio de los cristianos: ‘siendo muchos, no formamos más que un sólo cuerpo en Cristo” (Rm12,5). Y este sacrificio, la Iglesia no cesa de reproducirlo en el Sacramento del altar bien conocido de los fieles, donde se muestra que en lo que ella ofrece se ofrece a sí misma (San Agustín, De civitate Dei 10, 6).”⁵⁸

En fin, por razón de la comunión de los santos, particularmente resplandeciente en cada Eucaristía, la viuda se encuentra en ese momento especialmente unida a su difunto esposo, al cual le guarda perfecta fidelidad.

CONCLUSIÓN

En esta reseña he querido resaltar la vocación nupcial universal de todos los cristianos, y mostrar la respuesta concreta en tres estados de vida: matrimonio, virginidad consagrada, y viudez para el Reino de los Cielos. Estos tres estados de vida corresponden a los de la Virgen María, miembro singular y modelo de la Iglesia, quien fue virgen, esposa, y viuda. En cada uno de estos estados de vida, el fiel hace un don total de sí mismo para responder en amor y fidelidad a su Creador. Cada respuesta vocacional encarna todos los aspectos claves de la alianza entre Dios y su pueblo: total, fiel, exclusivo, indisoluble, y fructífero. Pero cada estado de vida hace resaltar particularmente distintas facetas de su belleza. Los esposos, por ejemplo, dan testimonio preclaro ante el mundo del amor nupcial en su aspecto oblativo, redentor, y fructífero. Las vírgenes consagradas hacen brillar especialmente la integridad de la entrega de la Esposa en el amor. Y por último, las viudas consagradas dan un testimonio preclaro de la fidelidad perfecta de la alianza nupcial. Hoy como en tiempos antiguos, Dios busca establecer esta alianza de amor nupcial con su Iglesia y últimamente, con cada alma.

⁵⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1370-1371.

⁵⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1372.